

Domingo diecisiete del Tiempo Ordinario.

Abraham y Jesús están de nuevo con nosotros este Domingo, para ayudarnos a vivir nuestro discipulado, la primera y la tercera lectura de hoy continúan el tema de la semana pasada y nos orientan ahora sobre la oración.

Abraham es el primer creyente del pueblo de Israel, el padre de la fe, y ante el anuncio de que Dios va destruir siete ciudades, por la gravedad de su injusticia y su pecado, se hace intercesor de los justos ante Dios. Su oración mediadora, aunque imperfecta, es un ejemplo para nosotros. El Patriarca tiene la convicción de que Dios es su Señor y el Juez del mundo; por eso acude a él con confianza, pero con una seguridad de vida: Abraham es servidor de Dios, polvo y ceniza ante él. Esta doble experiencia es la que le permite presentar su oración de intercesión a favor de las ciudades pecadoras: “Señor, como Juez justo que eres, no puedes destruir al pecador con el inocente”.

Dios le ofrece, entonces, salvar a las siete ciudades si encuentra cincuenta justos en ellas y aquí comienza el regateo de la oración, a través de la insistencia de Abraham: 50 – 45 – 40 – 30 – 20 – 10; pero es el mismo Patriarca el que determina parar allí su intercesión, que queda incompleta, pues hubiera podido bajar hasta 1 y completar siete intercesiones. Dios se deja interpelar y responde generosamente al llamado que Abraham hace a su misericordia. Pero el Patriarca no intercedió siete veces. Con todo, por amor a su siervo, Dios salvó a dos ciudades pequeñas.

Esta experiencia marcó el pensamiento profético posterior. Para ellos, si hubiera siquiera uno solo, justo y fiel, el mundo sería salvado en atención a ese Uno. “*Recorred las calles de Jerusalén, mirad bien... buscad bien si encontraréis a UNO que practique la justicia, que busque la verdad, y Yo la perdonaría!*” (Is. 5,1). “*He buscado entre ellos UNO que construyera un muro y se mantuviera de pie en la brecha ante mí, para proteger la tierra e impedir que Yo la destruyera, y no he encontrado a nadie!*” (Ez. 22,20).

Este Uno es el Siervo sufriente que se ofrece a Dios como ofrenda viva y nos salva a todos. Es “*un don nadie, dirá Isaías, y con todo, eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestro dolor lo que soportaba*” (Is. 53,3s). Ese Uno es Jesús, y así lo reconoce, sin quererlo, el sumo sacerdote Caifás: “*Es preciso que muera Uno por todo el pueblo y no que todo el pueblo perezca*” (Jn. 11,49-52).

Jesús, por su parte, es “*el autor y consumidor de la fe*” (Heb. 12,2) y nos instruye hoy sobre la oración de intercesión. La comunidad de discípulos lo ve orar, lo sabe como el orante por excelencia, que siempre está en comunión íntima con el Padre Dios, y por eso le suplica: “*¡Señor, enséñanos a orar!*” Por eso, como Maestro maravilloso nos ofrece un modelo de oración con el Padre nuestro y nos agrega algunas recomendaciones, para que nuestra oración sea efectiva y encuentre respuesta en el corazón de Dios.

La oración del discípulo ha de partir de una experiencia fecunda: Dios es nuestro Abbá, nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos amados. Pero Dios es también el Amigo por excelencia que acoge y atiende nuestras necesidades. Por eso, nuestra oración ha de ser, primero, de alabanza y bendición: “*santificado sea tu Nombre*”. Luego, de disponibilidad y apertura: “*venga tu reino a nosotros*”. Y sólo después, de súplica:

“danos el pan, perdona nuestras miserias, sostenenos en las pruebas y líbranos de todo peligro”.

Este trozo del tercer evangelio, sin embargo, cuando lo comparamos con su paralelo en Mateo, nos quiere subrayar que el don fundamental que hemos de pedir siempre es el Espíritu de Dios. Ese Espíritu que es Poder y Fuerza y amor y vida plena en nosotros. Quien tiene el Espíritu de Dios, es hijo de Dios y vive una relación íntima y profunda con el Señor, que le permite recibir todo lo que Dios ofrece para la salvación.

Evaluemos, pues, nuestra oración. ¿Es oración que parte de una experiencia fuerte de Dios? ¿Oración de confianza? ¿Es insistente y fiel? ¿Es oración de alabanza y amor?

“Señor y Dios nuestro, te bendecimos porque nos enseñas a orar como conviene. Tú nos das la responsabilidad de interceder por el mundo en el que vivimos y de preocuparnos por establecer tu reino entre nosotros. Enséñanos a ser responsables y que nuestra oración siempre llegue a ti como ofrenda viva, para que sea salvación para todos los hombres. Amén”.